



EN UN CENTENARIO:

## José Asunción Silva, el novio de la muerte

POR JORGE CARRERA ANDRADE

**E**MBOZADO en una caja fantasmal, con paso de misterio y figura de hidalgos románticos, José Asunción Silva atravesó el campo de la poesía hispanoamericana, en los postimperios del siglo XIX. Tiene predilección por las cosas desestimadas, las tapicerías de otra edad, los muebles empolvados y las músicas con sordina, a semejanza de su hermano el scatimurero, el andaluz Bécquer; pero, más aún que ese mundo agónico, ama extrañadamente la muerte misma, una muerte desdada por la heraldica y suntuosa y porque es una noche de reposo, «más larga que las otras».

La identidad de la noche y de la muerte, señalada desde muy antiguo en las letras hispánicas y exaltada mayormente por los poetas del Siglo de Oro, adquiere en Silva un acento particular, de profundo realismo. La muerte no es un «sueño de las calaveras» ni una escala anterior a la resurrección definitiva, sino un estado «menos horrible y misterioso que la vida». Desprovisto de la creencia en las estaciones celestiales, el poeta interroga: «al dejar la prisión que las encierra — ¿qué encontrarán las almas?». Es posible que el interrogador afortunado acébo por hallar una respuesta satisfactoria, ya que se apresuró a romper los barrotes simbólicos y escapar hacia la región del eterno enigma.

La vida de José Asunción Silva transcurrió en poco más de seis lustros, desde una infancia precoz y una adolescencia dotada de nobles cualidades, hasta la curva final, alumbrada por la luna de hielo de

los «Nocturnos» y el fogonazo lívido de un proyecto que buscó la gruta púrpura de su corazón, guardia de las fieras del amor, la ambición, el dolor y el cuscús.

Figura de singular aristocracia, como para andar precedida de heraldos y lebreles de armiño, señor de castillos fantasmagóricos, Silva ha originado involuntariamente una leyenda y la estampado en la mente de algunos comentaristas de su obra una imagen estereotipada que no es la suya. Se ha repetido que el poeta bogotano había buscado inspiración en Baudelaire y en los simbolistas franceses y que vivía abrasado por el fuego diabólico de un amor maldito. Se ha intentado adornar su figura con las joyas falsas del orgullo, del individualismo y del refinamiento más exacerbados, presentándole como un gentilhombre barresiano y un *dernière*, en perpetua pugna con el ambiente primitivo de su tierra natal y de la América toda. Pero, a los ojos de un observador desapasionado, los escritos de Silva no reflejan tal imagen. En los momentos de confesión íntima, el poeta dice escuchar en el fondo de sí la voz de «los tres llaneros Andrades, sus antepasados» y repucha el exotismo de ciertos escritores modernistas. Como una comprobación de la autenticidad de su criollismo es preciso recordar con qué fruición aspiraba, a medianoche, «el olor conventual de la albahaca», en la caraqueña Plaza de la Universidad y gustaba de «las arepas doradas como un paisaje de otoño».

**José Asunción Silva, el novio de la muerte [artículo] Jorge Carrera Andrade.**

**AUTORÍA**

Carrera Andrade, Jorge, 1903-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1965

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

José Asunción Silva, el novio de la muerte [artículo] Jorge Carrera Andrade.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile